

# **ISLAS EN EL TIEMPO**

**Por Sergio Presumido Calvo**

# Índice

Cápítulo	Página
1.....	3
2.....	8
3.....	15
4.....	19
5.....	28
6.....	34
7.....	44
8.....	50
9.....	55
10.....	64
11.....	70
12.....	75
13.....	70
14.....	84
15.....	92
16.....	103

— ¿Queréis echar un último vistazo? Vamos a cerrar la tapa.

Varios familiares fueron, pero yo no. No quería que esa fuese la última imagen que me quedara de él.

Recordé esto al bajar del autocar y encontrarme en la estación una cara conocida, la del conductor que me llevó a mi ciudad cuando mi padre me llamó para comunicarme el fallecimiento de mi abuelo. Había regresado al mismo sitio del que partí aquel día, del que guardaba tantos recuerdos. Era otoño, como siempre en esa época las hojas cubrían las aceras y yo pisaba las que creía que iban a crujir, aunque no siempre acertaba. Me dirigía a recoger mi título universitario. Fui paseando hasta la facultad, sin ninguna prisa, me desvié para tomar algo en el tugurio que frecuentaba en mis años de estudiante. La puerta estaba cerrada y había un cartel: "se alquila". Maldita crisis, con las ganas que tenía de entrar. Seguí el camino y me di cuenta de que lo del bar no era nada, lo que más me dolía era que mis compañeros habían acabado la carrera hacía ya dos años, los sitios sin mi gente ya no valen nada, pensé. Me invadió una sensación de vacío. Llegué a la entrada de la universidad y se me vino a la cabeza todo lo que allí había pasado, aquellos años en los que me había formado como profesional y como persona, los amigos que había hecho, los lugares que habíamos visitado juntos, todas las cosas que aprendimos por el camino. Al entrar en el edificio lo miré de arriba a abajo, no había pasado mucho tiempo, todo seguía igual. A la izquierda estaban las conserjes de siempre, las saludé y seguí hacia la siguiente puerta. Entrando en el pasillo estaba la secretaria donde trabajaba Gonzalo, siempre sonriente, siempre dispuesto a ayudarnos ante cualquier problema. Luego volvería para saludarle y pedirle mi título, pero antes quería ver un poco el centro. Fui directamente hacia el aula donde solíamos dar clase de dibujo, que era en la que más tiempo pasábamos. Según me iba aproximando no me lo podía creer, allí estaban todos mis amigos, una feliz coincidencia, habrían ido también a buscar su título. En aquellos dos años no habían cambiado nada, ni el modo de vestir, peinar... Me acerqué a Dani con los brazos abiertos, aceptó mi abrazo, pero me miró sonriendo con cara de sorpresa.

— ¿Y ese cariño repentino?

Ni le contesté, ya estaba saludando a todos los demás, pero no me puse a repartir abrazos porque estaban todos y no acabaría en un buen rato. Regresé al lado de Dani.

— ¿Luego tomamos algo, verdad?

— Pues como siempre tío, pero antes vamos a clase.

Todos fueron entrando al aula de dibujo y yo les seguí. Dentro estaba la modelo de siempre y el profesor. Mis compañeros fueron sacando material y se pusieron a dibujar. Me pareció algo extraño, ¿habrían hecho una quedada y no me habían avisado? La verdad es que todos estaban allí como si nada y me habían recibido con bastante indiferencia, cuando, por lo menos yo tenía la sensación de que aquella gente me quería. Quizá no les caía tan bien y no me habían invitado por eso. Con esa incertidumbre me dirigí a Ana:

— Oye, Anita, no tengo papel ni carboncillo.

— Qué desastre eres — dijo sonriendo y facilitándome material.

Al coger el carbón me manché los dedos, se me había olvidado ese tacto grasoso y el olor a laca barata que utilizábamos para fijar los dibujos, en casa dibujo con lápices y materiales que ensucian menos.

Estaba un poco más tranquilo, pues Ana había sido muy amable conmigo, no parecía incomodarle que estuviera allí.

Observé que cada uno ocupaba su sitio de siempre, así que yo me fui al mío. Comencé a dibujar con ansia, tenía ganas de volver a sentir el carbón sobre el papel. Además, el lujo de disponer de una modelo que pose desnuda no es muy frecuente una vez se acaba la carrera. Al poco rato se acercaron varios compañeros extrañados de que hubiera mejorado notablemente mi técnica. Me llamó la atención que me dijeran eso y fui a ver sus dibujos. La verdad era que yo había aprovechado mejor aquellos dos años, todos dibujaban exactamente igual que siempre. Quizá al acabar la carrera se hubieran centrado en otras disciplinas artísticas distintas al dibujo, o quizá ni tan siquiera tuvieran trabajos relacionados con el arte, tal como está el mercado laboral.

Me sentía feliz recreando el tiempo pasado con ellos, pero lo que realmente deseaba era de ir a tomar algo y ponernos al día de nuestras vidas. Les pregunté a dónde íbamos y me contestaron que vaya perra que me había dado con ir a tomar algo. El grupo

de siempre aceptó, otros compañeros me dijeron que llevaban prisa, lo cual me extrañó mucho después de tanto tiempo sin vernos, pero ellos sabrían.

Mientras atravesábamos el pasillo, les pregunté cómo les iba, a qué se dedicaban. Me respondieron extrañados que estaba un poco raro. Lo de siempre, nos gustaba mucho vacilarnos, pero como hacía tanto que no hablábamos en persona, podían tomarme un poco más en serio. Cuando salíamos del edificio, quise saber por qué no me habían avisado de lo de hoy, pero al cruzar la puerta me encontré hablando solo.

¿Dónde se habían metido? Busqué entre los arbustos y los árboles del exterior de la facultad, no vi nada. Desde luego, habían sido rápidos y bien organizados. O les gustaba mucho tomarme el pelo, o definitivamente no les caía tan bien como yo pensaba, aunque me parecía muy raro, pues seguimos en contacto por las redes sociales y habíamos compartido muy buenos momentos. Estuve un rato buscando por el aparcamiento y otras zonas. Cuando ya me había dado por vencido salió Gonzalo, el secretario, que llevaba un tubo en la mano, pensé que del tubo iba a sacar un ramo de flores y me iba a decir que todo era una broma de cámara oculta, pero no. Me dijo que me iba sin el título, que después de hacer el viaje desde mi ciudad, irme sin él sería una gran pérdida de tiempo. Me dio el título metido en el tubo y me dijo que se había alegrado mucho de verme, que me había visto un poco descolocado, que no estuviera triste por volver a la facultad ni por la falta de trabajo, que seguro que todo me iba a ir muy bien.

¿Se había alegrado de verme? ¿En qué momento me había visto? ¿O se refería a verme en el momento en que me entregó el título? Estaba totalmente descolocado por lo ocurrido. Seguramente toda la semana anterior metido de lleno en mis proyectos, unido al madrugón para hacer el viaje, me habían jugado una mala pasada. Demasiado cansancio acumulado, necesitaba un par de días de relax. Dormiría en el viaje de vuelta y seguiría descansando en casa.

Los días de descanso los pasé muy decaído. Hacía tiempo con un título universitario se conseguía trabajo, pero ahora, se ha convertido en un trozo de papel en el que parece que lo más importante es pagar las tasas. De cualquier manera, estaba trabajando en mis proyectos y si no salían adelante tenía otras cuantas cosas en mente. Por ejemplo, durante la carrera me había picado el gusanillo de enseñar educación artística de otras maneras. No poniendo a los niños a dibujar sin más, sino fomentando la creatividad y ofreciendo técnicas reales de dibujo. Veía muy difícil dar clase en algún

centro con el panorama laboral que había, pero desde luego había que intentarlo. Lo que no me esperaba era que fuera a conseguirlo tan pronto y por puro azar. Pocos días después de aquello, me encontré con mi antigua profesora de música, Tere, y hablando de una cosa y otra, me dijo que en el colegio al que yo había asistido y donde ella seguía dando clase, necesitaban a alguien que impartiera clases de dibujo. No era un trabajo fijo. Se limitaría a unas jornadas artísticas que iban a durar un mes. Al ser algo extraoficial, no habría problema para darme el puesto.

A partir de ese encuentro estuve mucho más animado y con muchas ganas de comenzar las clases. Pasados dos días, caminaba hacia mi antiguo colegio. Al entrar en el patio me dio un escalofrío, allí había hecho el parvulario y la primaria, había pasado toda mi infancia en aquel lugar y se me amontonaban los recuerdos. Es curioso que viviendo tan cerca, nunca hubiese vuelto a entrar. Bueno, realmente sí que había entrado, para recoger algún día a mi hermano pequeño que también fue a ese colegio, pero como fue justo después de acabar primaria y era un adolescente, no le di importancia, ahora entrar me provocaba otra sensación. Di una vuelta por el patio y vi que habían hecho reformas, adaptaciones para minusválidos y cambiado las porterías y las canastas en el de abajo. En el patio de arriba se conservaban las mismas porterías bajo las que tantos éxitos tuvimos con el equipo de balonmano. Me puse en la posición de portero y abrí brazos y piernas para cubrir el mayor espacio posible, desde esa perspectiva me imaginé a todos los compañeros del equipo, cada uno en su puesto. De repente nos atacaban los contrarios, yo me movía por el área según el balón iba de un sitio a otro. Se acercaban mucho, driblaban a Miguel Ángel, nuestro pivote. El atacante daba tres pasos, estiraba mi pierna hacia mi derecha y ¡PARADÓN! Me aplaudí a mí mismo y la palmada me devolvió a la realidad. Lo primero que hice fue mirar a mi alrededor para ver si alguien me había visto hacer semejante ridículo. No tuve suerte, unos niños estaban aplaudiendo y uno de ellos me gritaba:

- ¡BRAVO! ¡POR FAVOR, FÍRMAME EL BALÓN!
- ¡A CALLAR, QUE ESTO ES BALONMANO Y TU BALÓN ES DE FÚTBOL!
- ¡ANDA, ES VERDAD, NO SÉ COMO NO ME HABÍA DADO CUENTA!

Después del espectáculo ofrecido y casi huyendo de los niños, me fui a paso ligero hacia el interior del edificio. Ahí sí que no había vuelto a entrar desde que estudié y me

hizo todavía más ilusión que estar en el patio. Si el exterior del colegio había cambiado, el interior seguía exactamente igual. Mismo color, mismas puertas, mismas sensaciones. No sabía cuántos de los profesores que me habían dado clase seguirían allí, este caso no era como en la facultad, que estaba todo muy reciente y salvo los alumnos que cambian cada año, los profesores eran los mismos. En este caso ya habían pasado unos quince años desde la última visita, por lo que no esperaba conocer casi ninguna cara. Una señora se me acercó sonriendo, ¡era la señorita Bélgica! No me lo podía creer. Esa señora tenía que estar jubiladísima o enterrada, era mi profesora de cuando tenía ocho años. Increíblemente estaba tal como la recordaba. Sin dejar de sonreír, me hizo un gesto para que la siguiera. La seguí un poco descolocado de no verla nada envejecida y me di cuenta de que íbamos directos directa al aula en que me había dado clase hacía años. Al entrar me quedé muchísimo más descolocado, casi en shock. Me encontré con mis compañeros de tercero de primaria, bueno realmente fui a E.G.B, de los últimos en cursarla y de los primeros de la E.S.O. En el aula estaban Pablo, Virginia, Diego, Christian, Laura, Pilar, Sara, Miguel... Absolutamente todos, pero esta vez el encuentro fue mucho más impactante, y no por conseguir reunirnos tantos años después, sino porque mis amigos eran niños.

2

Me senté en la única mesa vacía, que era mi sitio de siempre y busqué mi reflejo en los grandes ventanales de la clase. Me vi a mí mismo con ocho años, con razón Bélgica seguía siendo más alta que yo, como siempre la había visto así no había ni caído en ello, era como acostumbraba a verla. Una vez recapacité un poco, pasé del shock a la tranquilidad, estaba claro lo que estaba pasando, estaba claro que estaba soñando. El

7

encuentro del otro día con mis compañeros de universidad y el reciente puesto de trabajo en mi antiguo colegio era la explicación. Los había asociado y en sueños me reencontraba también con mis antiguos amigos. Aunque notaba que estaba en el aula de una manera muy real, mucho más de lo que lo que normalmente se da en los sueños, incluso me venía olor a tiza, a libros de texto y no sabría cómo explicarlo, esa sensación de cuando empieza a hacer frío, a menguar los días. Normalmente creo que no siento tantas cosas en los sueños, o quizá sí, no lo sé. Un amigo me contó que siempre es consciente de estar soñando o no, pero que eso no le impide disfrutar o sufrir lo que le pasa. Así que decidí disfrutar, aunque fuese en sueños estaba encantado de estar con todos mis compañeros de infancia.

La señorita Bélgica tomó la palabra:

— Bueno niños, empezamos como siempre. Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos...

No es que yo fuera tan mayor que estuviéramos en el franquismo, estábamos en los años 90 del siglo pasado. Tampoco el colegio era de curas, pero era una señora mayor que ya llevaba muchos años dando clase. Se me había olvidado que empezábamos las clases rezando, pero en cuanto empezó la oración, recordé todos los movimientos y mi mano fue sola. Ya no suelo pisar las iglesias más que para bodas, pero me gustó hacerlo.

— Abrid el libro por la página 42 — dijo Bélgica.

— Señorita, no he traído mi mochila.

— Vale, arrima tu mesa a la de Diego, pero que sea la última vez.

Eran los determinantes demostrativos. ¡Pues vaya!, a medida que se crece se olvidan muchas cosas del colegio, pero esto lo sabía demasiado bien, podía haber recreado en mi mente un curso algo más elevado. Como ya me sabía la lección y no me iba a poner a estudiar en sueños me puse a observar con más atención el aula. La foto de Don Juan Carlos y Doña Sofía, de principios de los noventa o finales de los ochenta, a saber cuánto llevaba la foto allí. El crucifijo, anda, el crucifijo, pues no sé entonces si mi colegio era religioso, en fin da igual, eso eran minucias, yo quería ver a mis compañeros.

En el primer vistazo había reparado en Pablo, Diego, Christian, Laura, Pilar, Virginia, Sara y Miguel, pero quería fijarme en todos. Estaba también Olmo, un



compañero que se fue pronto y que era el travieso de la clase, Ricardo, Rubén... Definitivamente todos, mi mente había sabido recrear a todos. Sonreí mirando a cada uno. Christian me miró e hizo un gesto extrañado con los brazos abiertos y las palmas de la mano hacia arriba, pude leerle los labios. Me llamaba imbécil. La verdad es que eso de quedar sonriendo mirando para otro era algo extraño. Entendí totalmente su reacción, pero respondí tirándole un beso y se dio la vuelta muy rápido, poniendo las dos manos como escudo. Me reí un poco alto y Bélgica se dio la vuelta.

— ¡A ver si nos callamos!

Cuando se es niño las clases y los días son muy largos, pero a medida que uno crece eso cambia y aunque estuviera en el cuerpo de un niño, recordando una cosa y otra se me pasó el tiempo volando y la profesora nos mandó al recreo. También pudo influir el hecho de que en los sueños no creo que se den las clases completas.

Cuando salíamos al pasillo, Pablo me dio una palmada en la espalda.

— ¡Hoy te la quedas tú!

Todos corrimos en dirección a la puerta que da al patio. Antes me parecía lo más normal del mundo salir así, como cabras montesas y dando saltos, pero como últimamente salía de los sitios caminando, me hizo mucha gracia y me pareció muy especial.

¡Y allí iba yo!, corriendo con mis amigos, dispuesto a jugar con ellos una vez más después de tanto tiempo. Crucé la puerta, salí al patio saltando como un corzo y seguí corriendo, pero cuando me disponía a pillarlos, no localicé a ninguno de ellos. A quien sí que vi fue a Tere, la profesora que me concertó la cita para el trabajo, mirando para mí con cara divertida. Al verla frené en seco.

— Sales muy contento. ¿Esa es tu manera de celebrar que te han dado el trabajo? Si no fuera porque estás más alto y más peludo, pensaría que estaba saliendo del edificio el niño al que di clase.

Miré mis manos y, efectivamente, estaban peludas y una de ellas sostenía un papel enroscado. Era mi contrato de trabajo firmado.

Estaba claro que había sufrido alucinaciones, si ya era raro no recordar muy bien cuando había pedido el título a Gonzalo en la facultad, haber firmado un contrato de

trabajo mientras era niño, era para hacérmelo mirar. Porque no, no era un sueño, por lo menos el contrato seguía en mi casa al llegar y no me parecía que me hubiera echado una siesta al entrar en el colegio, o igual sí, vete tú a saber, quizá me había dormido en un momento dado en los dos sitios. Lo primero que pensé fue en aplazar mis proyectos artísticos, descansar la mente y centrarme en las clases para las jornadas artísticas del colegio. Pero en cuanto me puse frente a mi ordenador, no pude resistir escribir en el buscador: enfermedad sueño. Leí los resultados, Tripanosomiasis africana, no, ni de coña. Narcolepsia, mmm, pues quizá, pero no iba a ir al médico como un gilipollas y quedar en ridículo si la cosa no se ponía mucho más seria. De momento iba a hacer lo que ya había pensado, descansar y dejar mis proyectos personales.

A la semana siguiente empezaba mi trabajo en el colegio. Al llegar al patio me saludó la profe Tere:

- ¿Qué tal? ¿Nervioso?
- Bueno ,un poco.
- No te preocupes, el aula de cuarto de primaria está en el segundo piso por si no te lo dije ayer.
- Muchas gracias.

Menos mal que me dio ese dato , ni lo había pensado, no sabía dónde tenía que dar clase. Al entrar en el edificio me encontré a mi antigua profesora de inglés, que se conservaba genial, quizá demasiado bien, ya empezaba a ponerme nervioso. Al verme me dijo que qué hacía allí, que mi clase era la de arriba a la izquierda. Era justo en la que siempre había recibido clase, mi nerviosismo crecía, pero fui donde me indicó con calma, quizá la señora estuviera conservada en alcohol u operada en una clínica estética con muy buenos resultados y lo del aula fuera una coincidencia. Por el camino me fui cruzando con caras que me sonaban bastante y resoplé. Al entrar en clase me encontré otra vez a la señorita Bélgica y a mis compañeros de tercero. En fin, la cabeza se me había ido del todo, tendría que pedir cita para el psicólogo, para el psiquiatra o directamente ir a que me encerraran un rato en el manicomio Pero por el momento me iba a quedar allí, que no se estaba nada mal.

Mientras pensaba en eso se acercaba la profesora.

